

El Museo de Hollywood

■ Se hablaba de museos y yo guardaba silencio.

El tesoro artístico que ellos suelen guardar sólo produce en mí una fría admiración. Los necesarios resguardos que deben adoptarse en los museos ponen una barrera de distancia entre el espectador y la obra de arte. Está prohibido tocar y, me pregunto, ¿cómo es posible amar algo sin poder tocarlo?

A la Gioconda que está en el Louvre, al Guernica que está en el Museo de Arte Contemporáneo de New York, a Las Meninas que está en El Prado y a La Ronda Nocturna que está en el Museo de Amsterdam, yo prefiero las imperfectas reproducciones que guardo en casa y que, por ser mías, puedo mirarlas, tocarlas, mancharlas y hasta destruirlas si eso es lo que me place. El goce y el placer de la posesión no son comparables con la emoción estética que produce el costoso original inaccesible a nuestros dedos, a nuestro aliento, a nuestra permanente disposición.

Sin embargo, visité una vez un museo que no me produjo esa sensación de ajenidad. Por el contrario, en él encontré concretizados recuerdos y sensaciones que parecían olvidadas y que, sin embargo, estaban en el trasfondo de la memoria. Lejos de producirme distanciamiento, ese museo me devolvía experiencias efímeras.

No estoy recordando un museo de arte, aunque en cierta forma lo es. Estoy refiriéndome a un museo de cera que hay en Hollywood, la otrora capital del cine, en que se reproducen escenas famosas de películas norteamericanas. Las imágenes que eran difusos recuerdos, se convierten aquí en concreciones duraderas. Allí me encontré con la escena de amor en la playa, entre Burt Lancaster y Deborah Kerr, en "De Aquí a la Eternidad"; a Rhett Butler y Scarlett O'Hara, en una escena de "Lo que el viento se llevó", reproduciendo los rasgos de Clark Gable y Vivian Leigh en la plenitud de sus vidas; y a los personajes e intérpretes que poblaron de sueños mi infancia:

Shirley Temple en "Ricitos de Oro"; Gary Cooper en "Los lanceros de Bengala"; Stan Laurel y Oliver Hardy —el gordo y el flaco— en "Tra Diavolo".

La extraordinaria sensación que se experimenta al visitar ese singular museo se produce por el uso del espacio. Las escenas de películas corresponden a un mundo de ficción que hemos percibido exclusivamente a través de la imagen. Aquí, sin embargo, hay un espacio y uno podría eventualmente ingresar a él, interponerse entre la bella Scarlett O'Hara y el cínico Rhett Butler, tomar de la mano a Ricitos de Oro y cantar y zapatear con ella.

Así, la ficción que es el cine toma un viso de realidad ante la reproducción de cera y la inasible imagen, los personajes y los escenarios que sólo conocíamos a través de su proyección en un écran están al alcance de nuestros dedos... si los guardias nos lo permitieran.

Un cuadro, una escultura, un objeto de orfebrería son cosas que nacieron para ser usadas y poseídas por los hombres que, al ingresar a un museo, se convierten de todos y, por eso, ajena al uso y posesión de una persona en particular. Es una forma de recluirlas. En cambio, el cine, que está hecho para ser visto por todos y que nadie, en particular, puede participar en una escena, ni ingresar a la película, ni aprehender a los personajes para sí, convertido en "pieza de museo", produce el efecto contrario al de la obra de arte: la imagen se corporiza y, al tomar volumen, es factible sentirla como parte de la propia vida.

Al advertir mis amigos que yo callaba cuando recordaban los museos que habían visitado, queriendo incorporarme a la conversación me preguntaron cuál era el museo que más me había impresionado.

—El museo de cera de Hollywood, respondí sinceramente.

Se rieron.

Creyeron que era un chiste.

PARTIQUINO